

Estimada amiga:

Me he prestado a escribir esta carta por el gran aprecio que siento por su trabajo y con la esperanza de suscitar en usted una brizna de interés con respecto a un proyecto que tengo entre manos. Confío en que me disculpará usted la osadía. Pero, antes de nada, permítame presentarme: Me llamo Anjel Lertxundi y escribo principalmente en euskera, una de las lenguas oficiales del País Vasco. Este año, la Capitalidad Europea de la Cultura ha recaído en la ciudad polaca de Wroclaw y en San Sebastián, y es a esta última a la que me gustaría invitarle para que asista a un encuentro de escritores y traductores. Vivo en una tierra bilingüe y escribo en la lengua no hegemónica de ese territorio, y siempre me ha despertado la curiosidad cómo puede afectar literariamente a la escritura esa situación: tradición literaria exigua, diglosia, falta de oficialidad durante siglos, dudas respecto a la supervivencia misma de la lengua...

Dicen los expertos que el mundo globalizado primará unas pocas lenguas, tres o cuatro, como lenguas de comunicación. En ese proceso, las trayectorias de muchos o casi todos los traductores tendrán la dinámica de estas lenguas mayoritarias como compañero de viaje. El mayor riesgo de la globalización es dejar de lado el cosmopolitismo y la variedad, menospreciar el carácter y la composición cultural del mundo y primar el interés material en perjuicio del patrimonio espiritual y literario que la raza humana ha creado y sigue desarrollando en diversos lugares.

Gombrowicz escribió muchas veces sobre el futuro de la literatura polaca y el agonismo de sus preocupaciones queda fielmente reflejado en una carta que escribió a Czeslaw Milosz: «Dentro de cien años, si es que nuestra lengua aún existe...». Si quien así se expresa es un escritor polaco, lengua de rica tradición literaria, ¿qué debería decir un escritor que se expresa, por ejemplo, en euskera?

Queremos ponerle frente a esa situación. Siendo, como es, traductor, ¿cómo ve el trabajo de los traductores en las literaturas de lenguas no hegemónicas que, con frecuencia, poseen tradiciones literarias más bien exiguas? ¿Cómo cree que le afectaría la situación poco prestigiosa de la lengua de origen o de destino y la fecha de caducidad próxima de las lenguas? Si supiera que su lengua de trabajo (no su lengua materna) está a punto de desaparecer y que en adelante su literatura solo sobrevivirá a través de traducciones, ¿qué traduciría y cómo? En definitiva, ¿qué sentido tendría su trabajo en medio de la globalización?

Es un asunto al que se presta poca atención, pero estoy convencido de que tiene y tendrá una importancia vital en nuestro mundo, cada vez más globalizado. Eso es, precisamente, lo que quisiera pedirle: que venga a nuestra ciudad a debatir sobre este tema y, después, que destine una pequeña parte de su tiempo al tema que le planteo y que recoja sus impresiones en un breve texto de aproximadamente diez hojas, bien a modo de ensayo, bien en cualquier otro género que a usted le plazca.

No estaría solo en el empeño. Hemos invitado a participar a otros escritores que escriben en las lenguas hegemónicas de nuestro entorno: Claudio Magris, Julian Barnes, Javier Cercas... y también a algunos traductores como Adam Kovacics, Miguel Sáez, Adam Zawiszewski, Karlos Cid...

Me he extendido con la carta. Ha mostrado usted una gran paciencia al llegar hasta aquí. Le agradezco de corazón su atención y su respeto.

Con la esperanza de que podamos conocernos en San Sebastián, reciba mi más cordial saludo.

Anjel Lertxundi.